

Diego de Landa

Relación de las cosas de Yucatán

Edición de Miguel Rivera Dorado



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Índice

- 9 Introducción
- 93 Bibliografía general

Relación de las cosas de Yucatán

- 99 1. La tierra de Yucatán
- 105 2. Llegada de los españoles
- 113 3. Los antiguos pobladores
- 132 4. Conquistadores y clérigos
- 151 5. Vida y creencias de los mayas
- 198 6. Calendario, ritos y escritura
- 253 7. Edificios de Yucatán
- 266 8. Por qué cosas hacían otros sacrificios los indios
- 271 9. El medio natural
- 301 10. Conclusión

El siglo XVI es un tiempo de agudos contrastes. Gentes e ideas de muy diversa condición se entremezclan por los cuatro rumbos del planeta dando lugar a desconcertantes situaciones rayanas con los dominios de la fantasía. El modo de vida acuñado en Europa a lo largo de más de mil años, producto singular de una dilatada secuencia de acontecimientos históricos, alcanza su mayor difusión a bordo de los navíos de las potencias sureñas. Portugal y España, al amparo del arbitraje papal y de acuerdo con el tratado de Tordesillas, han dividido la tierra en áreas de influencia y se aprestan a tomar posesión de lo que les pertenece.

Sin embargo, ni las bulas de Alejandro VI –*Inter caetera* y *Eximiae devotionis*, de mayo de 1493–, ni las negociaciones de los diplomáticos de Juan II y los Reyes Católicos, son factores determinantes del incontenible proceso de expansión colonialista. Ya en la Edad Media

se habían fundado numerosas comunidades cristianas entre Bizancio y China, y el estridente movimiento económico y religioso conocido bajo el nombre de las Cruzadas fue sólo la culminación de una tendencia mantenida tercamente desde la caída del Imperio romano de Occidente. Franceses, italianos y aragoneses habían sido los protagonistas de la penetración hacia Oriente, pero desde 1415 los portugueses pusieron pie firme en el norte de África, impulsando continuas expediciones por las costas y el interior del continente; treinta años después llegaron al Senegal, y en 1488 Bartolomé Díaz logró doblar el cabo de Buena Esperanza.

La llegada de los europeos a América era cuestión de oportunidad. Mucho se ha especulado sobre los antecedentes del famoso viaje de Colón, los sueños de Enrique el Navegante, las cavilaciones de Toscanelli, las derrotas a poniente hasta las Azores, todo ello presagio de una empresa madura y necesaria: la ruta occidental. Europa, en fin, pues los ingleses, neerlandeses y franceses no eran ajenos a la fiebre nómada, desbordaba sus angostos límites lanzándose al conocimiento y conquista del orbe. Mas en la mente de los aventureros que surcaban ignorados horizontes reinaba la confusión, porque en lo tocante a su experiencia del medio natural tropezaban con extraordinarios accidentes geográficos, atravesaban océanos que eran todavía patrimonio de terribles y antiguas leyendas, veían animales y plantas ausentes del registro de la memoria y de los catálogos elaborados por los sabios; y en el plano moral, aquellos hombres vigorosos, implacables ante sus enemigos, se hallaban ofuscados preguntándose qué comportamiento resultaba adecuado en casos y cir-

cunstancias absolutamente nuevos, y cuál era el temple de los seres que habitaban el misterioso paisaje, y por ende, el tratamiento que se merecían. Sobre la guía del Evangelio, cuya exégesis ocupaba las horas de los más venerables doctores, estaban las interpretaciones particulares impuestas por el azar, la extensa doctrina de las jerarquías eclesiásticas, los intereses encontrados de unos y otros —cuya dimensión material no desmerecía para nada de la espiritual—, la política general de la Corona, y, desde luego, el resquicio de la propia intuición de conquistadores o colonos, repletos a veces de esa fina sabiduría popular tan útil para salir con bien de los problemas complicados.

De cualquier manera, la pericia acumulada a través del contacto con pueblos de infieles era magra e insatisfactoria para conducir los pasos de quienes irrumpían con celeridad en el espacio y el aliento de decenas de culturas anónimas, cada una peculiar y distinta, con instituciones, costumbres, valores, realizaciones tangibles y creencias de un exotismo fuera de parangón. Era imprescindible poner orden en tal desconcierto, pensar y escribir una antropología original que contemplara el fenómeno de la diversidad, ajustar las leyes de la paz y de la guerra a los momentos sucesivos de la invasión de los diferentes territorios, discernir prontamente las posibles cualidades humanas de las poblaciones descubiertas o sojuzgadas, resolver infinitos rompecabezas sociales, políticos, teológicos, desde la calificación de los mestizos hasta la conveniencia de enseñar el Evangelio a los salvajes. Había que inventar o construir urgentemente una nueva visión del mundo, y eso mientras el mundo mismo era re-